



MADRID.—RECEPCIÓN DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO
CONTESTANDO AL DISCURSO DEL NUEVO ACADÉMICO.

(De fotografía de la Sociedad Artístico-fotográfica.)

En efecto, el número de los indios que salen de Bombay huyendo de la epidemia es grandísimo, y estos fugitivos llevan la peste adonde quiera que van. Nuestro grabado de la página 105 da una idea del aspecto de la estación de aquella ciudad á la salida de uno de los muchísimos trenes que la comunican con Calcuta, Agra, Delhi, Benarés, Madras y otras populosísimas metrópolis del Indostán.

LA GUERRA EN CUBA.

El cabecilla Rius Rivera.

Al salir de la provincia de Pinar del Rio Antonio Maceo, dejó de jefe de las partidas rebeldes de aquella provincia á Rius Rivera, hombre no muy conocido, pero en quien el cabecilla mulato fiaba mucho. Muerto éste en Punta Brava por la gente de Cirujeda, ha seguido Rius Rivera con el mando que tenía; pero hasta ahora no ha hecho cosa digna de notarse, habiendo empleado únicamente su actividad en huir de las columnas que le persiguen.

Publicamos su retrato, tomándolo de un periódico norteamericano, en la página 108, creyendo satisfacer con esto la natural curiosidad de los lectores, fija en cuanto se relaciona con la guerra de Cuba.

G. REPARAZ.

LAS FILÍPICAS DE CICERÓN.

ESTUDIO HISTÓRICO.

I.

LAMÓ Cicerón filípicas á sus oraciones contra Marco Antonio, porque filípicas había Demóstenes llamado á sus oraciones contra Filipo. Fulvia reinaba sobre Antonio, y le impelía con furor á la dictadura, para tomarse de Cicerón el desquite apetecido, por creerse autor de la muerte del primer marido suyo, Clodio, célebre demagogo asesinado en la Vía Apia por Milón. Pero Antonio, comprendiendo las complicaciones en aquel momento de los factores que componían la suma llamada pueblo-rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza, y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiem-

po y al poder de las circunstancias. Así, adulaba de continuo á los senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos; procediendo con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros del dictador sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste sobrino de César. Pero el dictador, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier adoptivo, parece imposible que tomara encarnación y forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años, y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un heraldo. Así que oía un trueno, se ocultaba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes, era cruel. Este hombre debió habérselas con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones, y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarla por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedir al pretoriano nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole harto fuerte para combatir al general, y harto sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido, Fulvia

le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo en las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y procurar á su mujer el desquite. La cabeza de Cicerón estalló, y el genio maravilloso de su elocuencia produjo las filípicas enderezadas contra el insurrecto. En tamañas arengas, el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes, su esclavitud bajo Fulvia. El furor de ésta contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas; pero ya se vislumbra lo irreconciliable de su odio al pretoriano Antonio y su resolución de sostener á Octavio contra éste, su émulo y compañero. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia, por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la República y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de Septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el Senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por su mujer Fulvia, injurió á Cicerón, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo puesta por el universal sentir como la primera entre todas sus arengas y ofrecida siempre de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores, y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo cónsul, y rodeándose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro